






A. L. GALLARDO.

LEYENDAS
Y
ROMANCES.



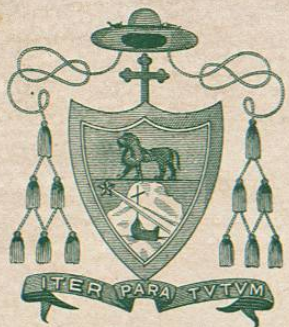
PQ7297

.G158

L4



003372



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



1080019272

100

LEYENDAS Y ROMANCES.

Al Señor Don Ricardo Pascoe

Tengo la honra de ofrecer a Ud. la última obra literaria de mi inolvidable padre el señor D. Aurelio Luis Gallardo que falleció de nostalgia en San Francisco California a donde fué desterrado por la malhadada intervención francesa, y cuyos restos fueron un año después trasladados a Guadalajara donde se le hicieron unos funerales sin precedente.

En este libro refiere su autor

la conmovedora historia de su vida
y es por lo tanto el valioso testamento que
legó a sus desventurados hijos al morir.

Siendo Ud todo sentimiento,
todo corazón sabrá tomar en considera-
ción tan desconsoladora narración.

Ruego a Ud se sirva aceptarlo
como una demostración de mi
sincero afecto y profunda gratitud.

Pachuca, Noviembre 6/95

Luis L. Gallardo.



Est. de Loreto, Guadalupe.

Artista Luis Gallardo

ENCES.

POETICOS

LUIS GALLARDO

SAN FRANCISCO.

CALLE DE WASHINGTON

Capilla de San Francisco
Biblioteca Universitaria

40611



LEYENDAS
Y
ROMANCES.

ENSAYOS POETICOS

POR

AURELIO LUIS GALLARDO

Candida rosa nata in dura spina.
PETRARCA.

SAN FRANCISCO :

ENRIQUE PAYOT Y CIA., LIBREROS, CALLE DE WASHINGTON 64

1868.

IMPRENTA DE CARLOS DONDERO, CALLE DE CLAY 522.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
40611

P07297

6158

24



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

A LA

INOLVIDABLE MEMORIA

DE

MI ESPOSA Y SEÑORA,

Mercedes Abad y Campos:

OFRENDA DE MI AMOR CONYUGAL.

AURELIO LUIS GALLARDO.

003372

PREFACIO.

PUBLICAR un libro tan léjos de la patria, una coleccion de poesías eróticas y descriptivas, en un país en donde tan poco florecen las letras españolas, parecerá á muchos una empresa casi temeraria, aunque en realidad no sea otra cosa que el cumplimiento de un voto sagrado.

Este humilde libro es la herencia única que dejo á mis hijos; un último homenaje, que, cual culto de santísimo recuerdo, consagro á la memoria de su pobre madre. Por tal motivo, al entregar mis empolvados manuscritos á la mano secular del impresor, ni editores avarientos me obligan, ni cedo á sugerencias amistosas, ni mucho ménos busco la humillante proteccion de los grandes.

Entre la agitacion diaria y el estruendo pasmoso de esta Metrópoli del Pacífico, cuyo material movimiento es inconcebible, mal podrian oirse las quejas plañideras de amarguísimo desencanto y las deprecaciones de una alma creyente, pero desfallecida, que con lentitud dolorosa se arrastra por la vía de punzadores recuerdos, asiéndose cada vez mas á esa cruz que llevan, camino del cielo, todos los espíritus que aman, y que esperan sobre la tierra la inmortalidad de su destino.

Si los que viven en la amargura del destierro y diseminados sobre estas playas extranjeras, lloran recordando los patrios lares que perdieron, hojean con algun despacio estas páginas, encontrarán tal vez algun breve entretenimiento, y verán reflejarse en ellas algo de aquella patria que les es tan querida.

Las magnificentísimas decoraciones de una naturaleza siempre lozana y vírgen; la limpidez y transparencia de un cielo de oro y lapiz-lázuli tachonado de constelaciones de fuego; la magestad salvaje de sus bosques antiguos como el mundo y de sus volcanes coronados de nieve eterna; el imponente estruendo de sus espumosos torrentes y el gallardísimo aspecto de sus florestas de cedros y de catús, á cuyos troncos se enredan las lianas en flor y las campánulas olorosas, y cuyas ramas umbrías las pueblan mil alados músicos; el himno ronco y gemebundo de sus mares, de la misma manera que el dulce murmurio de sus palmas, todo ha influido en dar un tinte vaporoso y melancólico á mis poéticas imaginaciones, á inspirar con un soplo de religiosa ternura esas plañideras notas de mi harpa proscrita y solitaria.

Se ha dicho que la patria es el sitio donde nacimos, el árbol á cuya sombra jugábamos de niños, el lugar venerando do reposan las cenizas de nuestros mayores; la sonrisa de nuestra madre y el primer ósculo de nuestra amada; la religion y el recuerdo, la cuna y el sepulcro—por tal razon, es necesario que se encuentre en las patéticas narraciones de mi propia historia, mucho concerniente á esa patria lejana y bendita;

mucho de sus tradiciones y costumbres nacionales; de los sencillos hábitos del pueblo, y de sus tipos y escenas primitivas, que ponen en relieve la santidad del hogar, y traducen el indescriptible encanto de sitios predilectos, la dulce paz de la casa paterna y esa pompa sublime de la creencia cristiana, enaltecida y consagrada por los siglos.

Por otra parte, yo no trato de legislar en mis versos, de ejercer ningún sacerdocio social, de declararme prosélito de ninguna escuela literaria, de ostentar una erudición clásica que no poseo, ni las brillantes galas de una imaginación criadora. Mis versos no tienen un carácter filosófico marcado, son únicamente la expresión espontánea y sentida de mis impresiones fugitivas, de los entusiastas delirios y perpétuos deslumbramientos hijos de una pasión que se enseñoreó de mi vida, haciendo más tarde que mi corazón se disolviera en lágrimas, al cerrar piadosamente los ojos de la única mujer que me ha amado en el mundo.—

Una sola cosa anhelo al publicar lo que escribo: conmover.—Por eso me dirijo á esa parte sensitiva de la sociedad, que no desdeña los delirios de soñadoras imaginaciones, ni se fija mucho en la estética de la forma, ni en la maravillosa belleza del lenguaje; que sin deslumbrarse con el lujo de la dicción y del estilo, va hasta el fondo de una obra en busca del sentimiento, de esa vaguedad mística y consoladora que se desprende de lo etéreo, de esa música que habla en la lengua de los ángeles, de esa idea divina é inefable como todo lo que es eterno, de esa tendencia hácia lo incomprendible y lo infinito, que constituyen el misterioso secreto de la poesía; del sublime idioma de los dioses!

El alma de este libro es el sentimiento: lo único que puedo presentar á mis lectores que tengan un espíritu piadoso y recogido y la indulgencia de un corazón amante y generoso, es un manojo de rosas pálidas que indistintamente he ido recogiendo en mi peregrinaje por el mundo, bien en los lobreguísimos páramos del desaliento y la tristeza, ó ya en los linderos de esas misteriosas selvas, en donde arrullan continuamente á nuestra esperanza las escondidas aves de ilusiones casi divinas.—

Hé aquí mi aspiración: que al volver al seno de la patria, cuando salude otra vez más á los amigos de mi primera juventud, á esos hermanos de corazón, que tantas veces han sido actores en la intrincada novela de mi vida, ellos vengan á mí, y con un apretón de mano me signifiquen que mi obra despertó en su alma dormidas memorias, memorias de aquella dichosísima época de colegio en que vivimos bajo un techo mismo, con la paz de la vida en el alma, y la risa del corazón en los labios!

Para que ellos se acuerden entonces del ameno recinto de aquella solitaria casa de campo, á donde íbamos en son de descompasada alegría, en la estación de baños, y en donde yo, buscando el sitio más retirado y escondido de aquel parque, me entregaba á mis lecturas favoritas ó á juveniles y apasionadas confidencias. Bajo cuyos donosos naranjos me sentaba á escribir enamoradas coplas; ó bien al pie de un saúz me-

lancólico cuyas místicas hojas parecían llorar sobre el agua, me ponía muchas veces á contemplar la puesta del sol, inspirándome románticos pensamientos esa hora solemne de la caída de la tarde.

La naturaleza se adormecía en brazos de apacible quietud, y á lo lejos se escuchaba el sagrado toque del *Ave María*, entre los murmurios de la cercana noche, y la lastimera música de esa plegaria que modulan con intervalos de armonioso silencio, las auras que conversan en voz baja con las flores y con las frondas, y que se pierde en el éter infinito al par de ese coro extraño de los soñolientos pájaros, que buscan sus nidos y levantan su oración vespertina revolando sobre las copas de los grandes árboles.

Nubes de violeta y de púrpura cruzaban como ligeras gasas por el cielo, y á poco aparecía ruborosa y trémula como el ángel de los amores, esa estrella que es la misteriosa amada del crepúsculo.

Para que ellos traigan á la memoria aquellas amigas sombras que oyeran nuestros primeros suspiros, y los rosales que en las avenidas de la gran huerta florecían, y de cuyos fragantes botones con sencillo arte formábamos pequeños ramilletes, matizándolos con las blancas flores del naranjo, y que iban siempre á parar en primorosas manos.

Para que ellos con los ojos del alma y á través de la divina poesía del recuerdo, vean después de tantos años los lugares todos de aquella quinta aislada, de cuyos agrestes muros tan amenudo me escapaba, para volar libre como un pájaro hasta el casto nido de mi amor.

Mi aspiración es que mis hijos aprendan á leer y á magnificar el dulce nombre de su madre, en las tristes páginas que encierran sus nobles infortunios, y que ellos deben regar siempre con sus lágrimas.—

Quiero por vez última visitar las ruinas todas de mis santos recuerdos; quiero entre queridos sepulcros ornados de siempre-vivas y de coronas de rosas blancas, decir adiós á todo lo que he amado y sellar el testamento de mi corazón, ántes que cariñosos labios depositen en mis ojos el último beso.

Si la virtud y la desgracia tienen todavía algún atractivo para las almas sensibles; si el indiferentismo religioso y la recrudescencia de las opiniones políticas, no han roto en mis compatriotas esa fibra del corazón humano que responde siempre que se le toca, estremeciéndose, la fibra del dolor, que como la planta sensitiva se pliega sobre sí al menor contacto; espero aún encontrar el eco de generosas simpatías y será entonces, cuando la que tanto me amó en la tierra y ahora duerme el eterno sueño, al recibir ¡ay! mis últimas lágrimas, al verme arrodillar juntamente con sus pequeños hijos para orar sobre su sepulcro y dejar en él la fúnebre corona que he tejido para su lápida, esa ausente inmortal me envíe una sonrisa de amor desde el cielo!

San Francisco, Marzo 19 de 1868.

AURELIO LUIS GALLARDO.